

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 183.

MADRID 10 DE JULIO DE 1843.

SEGUNDA SEMANA.



DISCORDIAS CIVILES.

EL TERRIBLE VENGADOR,

LOS NEGRITOS.

VII.

Aquella era la época en que buscaban asilo en extranjeros climas ilustres hijos de la desventurada España. Cinco años hacía que las furias del Averno habían soplado en nuestras fértiles campiñas todos los horrores de las discordias civiles; la guerra abierta había cesado entre los partidos merced á una intervención estrangera, pero las persecuciones seguían con encarnizamiento, y nadie se contemplaba seguro en su patria. La Habana, sometida al gobierno español y fiel á sus juramentos acogió sin embargo con ternura á todos los proscriptos que fueron á buscar en sus brazos paz y tranquilidad. El partido político que en 1823 se apoderó del mando en nombre del rey lo sabía, y abrumó á la autoridad superior militar de Cuba con cartas de requisitoria contra determinadas personas: aquella autoridad avisaba secretamente á los comprendidos en las órdenes de arresto para que en un término dado se ausentasen de la isla, pues no quería entregar á la cuchilla del verdugo unos hombres que se habían acogido á su sombra confiados en su lealtad de caballero, y que vivían pacíficos y dedicados al comercio ó á la industria del país.

Hemos apuntado estas ligeras indicaciones que revelan la intolerancia del tiempo á que nos referimos para manifestar que el desprecio con que el capitán general de la Habana acogía las referidas cartas requisitorias salvó tal vez la vida á Enrique y Eduardo obligando al primero á apresurar su viaje á Nueva Orleans, y haciendo que al segundo le fuese menos sensible la separación de su hermano. No bien hubo quedado solo, cuando comenzó Eduardo á calcular seriamente sobre el grave compromiso que acababa de aceptar. No le

faltaban los conocimientos necesarios para conducir su goleta á la costa de Gallinas y volverla á la Habana; se creía capaz de dirigir su rumbo y atravesar con ella entre los cruceros ingleses, pero esto no basta para ejercer el espinoso cargo de capitán negrero. Sabido es que en los buques africanos se embarcan siempre los marineros más díscolos y temibles del globo, por lo mismo que no ignoran que entre seis probabilidades pueden contar con cinco contrarias á su vida en travesía tan peligrosa: casi todos ellos son desertores de matrículas ó de buques de guerra, encausados no pocos por delitos de consideración y algunos estrangeros, particularmente portugueses y Norte-Americanos, para quienes la existencia es un juguete que no merece la pena de que un hombre de bien se incomode por conservarla. Así es que toman plaza en los barcos negreros mas por desesperación que por conveniencia, solo piensan en hacerse á la mar por huir de la tierra, y siempre se encuentran dispuestos á batirse contra el inglés si el capitán les ofrece gratificación, ó á sublevarse contra el capitán mismo y arrojarlo al agua si se les antoja. Convencidos de esto los que mandan á tales marineros, abandonan en el muelle la cubierta de humanidad de que todos nos hallamos revestidos, y desde que pierden la tierra de vista se convierten en verdugos de sus semejantes: solo un rigor y un par de buenas pistolas preparadas para todo evento son los recursos con que cuentan para hacerse obedecer en todo caso, amen de la union que les interesa conservar con los demás oficiales, y especialmente con el *guardian*, á quien se debe contemplar mucho por el continuo roce con la marinería á que su destino le sujeta.

En todo esto pensaba Eduardo, y convenia consigo mismo en que había llegado el caso de probar que era un hombre: veía todas las dificultades que se opondrían á sus designios, y los peligros inminentes que le amenazaban, pero había dado ya su palabra al armador, y no la podía retirar sin descrédito. Por otra parte, consideraba que de su primera expedición al Africa

dependía su fortuna, y que si hacia el viaje á salvamento nada podría temer en lo sucesivo de los caprichos de la inconstante suerte, pues estaba en su mano retirarse á tiempo y emplear sus primeras ganancias en otra clase de tráfico.

— El primer duro dicen que es el mas duro de ganar, repetía dirigiéndose al muelle: vamos, pues, á buscarlo á los *Calabares*.

Se metió en un *quadro* (1) y pasó á la *Esperanza*, que se mantenía anclada en la inmediación de *Casa-Blanca*: dióse á reconocer al *contramaestre*, al *guardian* y al *despensero*; preguntó á este si estaba todo el rancho y aguada á bordo; se hizo cargo de las cuentas que le presentaron firmadas por el capitán antecesor; mandó distribuir á la chusma ración doble de aguardiente por vispera de salida, y volvió á tierra con el capitán de banderas, con objeto de recoger el rol en la oficina de comandancia. Enrique le esperaba en el muelle, y le dijo:

— Yo tambien salgo mañana para el Norte.

— ¡Tan pronto! Si el bergantín está á media carga.....

— No voy ya en el bergantín: me he ajustado de pasaje en esa balandrilla que está cerca del *Morro*.

— ¡Qué desatino! Si eso es peor que una mala lancha de cubierta.... ¿No sabes que desde que salió de Nueva-Orleans ha venido constantemente debajo del agua?

— Mejor; con eso tengo esperanzas de refrescarme: no olvides con todo que esa balandra se ha plantado aquí en cuatro dias y medio.

— Ya; con buen arriero y entre dos aguas....

— Es un verdadero tiburón.

— Pero ¿por qué has dejado el bergantín?

— Porque no puede salir mañana.

— ¿Y qué necesidad tienes....

— Grandísima: ha llegado una requisitoria de la audiencia de Galicia contra nosotros.

— ¡Qué me dices!.... Por el suceso de aquella fatal noche! Dios mio! Esto solo nos faltaba.

(1) Especie de bote con carroza para guardarse del ol: se usa en la bahía de la Habana.

—No te apures que la cosa tiene remedio. Mira: en España todo lo revuelven ahora con la política: la Audiencia habra creído que reclamándonos como conspiradores, es decir, como negros, logrará mejor su objeto de este capitán general, que si nos pide como presuntos reos de homicidio, y como desde aquí á nadie se envia bajo partida de registro por cosas políticas acaecidas allá, resulta que estamos en salvo, aunque solo tenemos cuarenta y ocho horas para salir de la isla.

—¿Y quién te ha avisado?
—El dueño del bergantín. Ea, no perdamos tiempo. ¿Has ido á la comandancia?

—No.
—Bien; te acompañaré: en seguida despa- charás con el armador; luego iremos los tres á Casa-Blanca; cenaremos con el patron de la balandra que me acaba de convidar y solo nos separaremos en el momento de la salida.

Todo se hizo como lo propuso Enrique: al amanecer se dieron un tierno abrazo los dos hermanos y sus lágrimas se confundieron... A las seis de la mañana se divisaban en el horizonte dos puntos blancos; el uno era la balandra con la proa al Norte; el otro la goleta Esperanza, que hacia rumbo á todo trapo con direccion al canal de Bahama.

(Continuará.)

UN PENSAMIENTO.

En el cielo las nubes, agrupándose en occidente como aves siniestras perseguidas por un espíritu mas poderoso que ellas... En el mundo los hombres que se apiñan á las puertas del templo, mirando con lúgubre sonrisa á la elevada torre, donde un genio fatal mueve el horario. En el cielo la imagen del movimiento de la destruccion, en la tierra la imagen de la calma, de la indiferencia.

Suena una hora, y en este momento de siniestra vaguedad todos se miran, y se contemplan como mariposas de un día que dejarán el esmalte de sus alas, cuando comenzaban á volar con placer. Suena una hora, y todos reviven sus pensamientos con este látigo que vibra en los oídos.

El jóven dice:—Un dia menos de ventura!
El anciano — Un poco mas para el sepulcro.
El feliz — Cuántas horas van!
El desgraciado — ¡Una hora menos!!!

Todos presentan su destino, desliéndole en palabras tristes ó alegres que retratan al vivo las impresiones á que está avezado el corazón. Todos recuerdan su miseria; su peregrinacion. El mancebo mira á lo pasado, el anciano al porvenir, el feliz á lo que es y el desgraciado á lo que fué. Y entre estos dos polos de la vida entre los que descuellos los momentos consagrados en esta vida al dichoso, se confunde la amarga idea de la muerte.

Oh! ¡qué falsas son las apariencias de la existencia! Las nubes que se veian precipitar en Occidente, vendrán mañana, vendrán de aquí á un año, vendrán siempre: el hombre que enmudece, el hombre que contempla es... polvo!!!

A. NEIRA.

ANTIGUA CAUSA CRIMINAL

DE
LESURQUES.

(Continuacion.)

Lesurques escribió á uno de sus amigos el

dia de su prision la carta siguiente, que fué interceptada y agregada al espediente.

«Amigo mio, desde que estoy en Paris no esperamento mas que disgustos; pero yo no esperaba ni podia esperar la calamidad que hoy me agovia. Tú me conoces y sabes si soy capaz de mancharme con un crimen. Y con todo, se me imputa el mas horrendo. ¡Solo al pensarlo me estremezco! Me hallo implicado en el negocio del asesinato del correo de Lyon. Tres mugeres y dos hombres á quienes no conozco ni aun sé donde viven (porque tú sabes que yo no he salido de Paris) han tenido la impudencia de declarar, que me reconocian y que yo era el primero de los que se presentaron en su casa á caballo. Sabes tambien que no he montado desde que estoy en Paris. Comprenderás las consecuencias de semejante deposicion que conspira nada menos que hacerme asesinar judicialmente. Hazme el favor de auxiliarme con tu memoria, y procura acordarte donde estaba yo, y qué personas he visto en Paris, en la época en que se sostiene descaradamente que yo estaba fuera, (creo que era el 7 ó el 8 del mes pasado), á fin de que yo pueda confundir á estos infames calumniadores, y hacer que caigan sobre ellos las penas que prescriben las leyes.»

Al pie de esta carta indicaba las personas que habia visto aquel dia: al ciudadano Tixier, al general Cambray, á la señorita Eugenia, al ciudadano Hilario Ledru, al peluquero de su muger, á los obreros que trabajaban en componer su habitacion, al portero de la casa. «Me harás el favor, decia al concluir la carta, de ver con frecuencia á mi muger y de consolarla.»

Los hechos que acabamos de referir sucintamente estaban confirmados en la instruccion: Lesurques, Guesno, Couriol, Bernard, Richard y Bruer comparecieron ante el tribunal criminal, los tres primeros como autores ó cómplices del asesinato seguido de robo, Bernard por haber proporcionado los cuatro caballos, Richard por haber ocultado en su casa á Couriol; y á su querida Magdalena Breban, por haber ocultado todo ó parte de los objetos robados: y Bruer por haber dado asilo á Couriol y á Guesno en su casa de Chateau-Thierry.

En los debates que se abrieron poco tiempo despues de cometido el crimen, los testigos que aseguraban haber reconocido á Guesno y Lesurques, persistieron en sus declaraciones. Guesno y Bruer, en lo que les tocaba destruyeron uno á uno los cargos de la acusacion. Guesno probó ademas hasta la última evidencia su coartada, y desde luego no fué dudosa su absolucion. Lesurques citó quince testigos, todos ciudadanos recomendables, ó que ejercian honrosas profesiones y gozaban de la estimacion pública.

La coartada de Lesurques, cimentada en una tan imponente de testigos, no debia dejar duda alguna en el ánimo del jurado; y así este acusado se presentaba en la barra con una confianza y una serenidad dignas de notarse.

El primer testigo era el ciudadano Legrand, compatriota de Lesurques, rico comerciante de prenderias y joyas. Dió principio á la serie de deposiciones que debian proteger al acusado contra el error posible de los testigos en contrario. Acababa de declarar á la justicia que el 8 floreal, el mismo dia que se cometió el crimen, Lesurques pasó en su casa una parte de la mañana; á este se agregó Aldenof, joyero, Hilario Ledru y Chausfer que afirmaron haber comido aquel mismo dia con el acusado en casa de su pariente Lesurques calle de Montorgueil; decian que despues de la comida entraron en

un café, tomaron licor dejando en seguida á Lesurques en su casa.

El pintor Beurdart agregó que él debia haber comido con Lesurques y sus amigos, pero que hallándose de servicio como guardia nacional no habia podido concurrir; y que sin embargo habia ido uniformado aquella misma noche á casa de Lesurques y le habia visto recogerse. En apoyo de su disposicion produjo este testigo la es- que- la de guardia que efectivamente tenia la fecha del ocho. En fin, los operarios que trabajaban en la habitacion que Lesurques hacia preparar para él y su familia afirmaban que le habian visto muchas veces en los dias 8 y 9.

Esta reunion de atestados opuestos á los de los nueve individuos que declaraban reconocer á Lesurques por uno de los cuatro viajeros de Mongeron y Lieursaint, producía ya en el jury una impresion que aumentaba sus favorables disposiciones, cuando una circunstancia inesplicable y fatal vino de repente á mudar el aspecto del negocio.

(Continuará.)

A TI.

Por humanidad, muger,
Asómate á tu balcon,
Que en la calle un corazon
Penando está por te ver,
No le dejes padecer,
Que si padece es por ti,
Sal al balcon, bella huri,
Que te quiere contemplar
Quien no te cesa de amar
Con ardiente frenesi.

Déjale ver en tus ojos
La luz radiante del sol;
Déjale que el arreból
Vea de tus labios rojos.
Sal al balcon, y de hinojos
Verás, señora, á tu amante
Lánguido y agonizante
Pidiéndote con ternura,
Le dejes ver tu hermosura
No mas que por un instante.

Por Dios, sal al balcon, bella,
O asómate á los cristales,
Para que veas mis males
Y oigas mi cruda querella.
Sal, bien mio, sal, mi estrella,
A darme vida y contento,
Sal á aliviar el tormento,
Del corazon que te adora;
Sal, mi reina y mi señora
No mas que por un momento,

¡Oh Dios! ¡tanto te importuna
Tan odiado podrá serte
Que no pueda merecerte
Tu amador gracia ninguna?
¡Tan ingrata es mi fortuna
Que me niega hasta el consuelo
De admirar tu hermoso cielo!
¡Ay! adios, adios, bien mio!
Llorando voy tu desvío
Y amando tu alma de hielo.

¡Adios, beldad! si al balcon
Te asomas por la mañana,
Y oyes gemir la campana
De muerte el terrible son,
Te pido de corazon
Y por compasion te advierto
Que sin saber quien ha muerto
Una lágrima derrames
Y á este infeliz no llames
Porque él, ¡ay Dios! será el yerto.

MANUEL OVILO.

TEATROS.

CRUZ.

Hoy no hay funcion.

PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche.

1.ª Sinfonia á completa orquesta.

2.ª Se pondrá en escena la comedia

en tres actos, arreglada de una

ópera francesa por un jóven literato ven-
turosamente conocido ya del público,
titulada

LA REINA POR FUERZA.

PERSONAGES.

ACTORES.

Rosita Sras. Lamadrid.

Simona Corcuera.

Lady Pembroke Llorente.

Modistas

Conde de Elvas Sres.

Ricardo

Trim-Trumbel

Un sheriff

Un noble

Soldado 1.º

Un marinero

Soldado 2.º

Parra.

Ibañez.

Sierra.

Sres. Romea (D. J.)

Romea (D. F.)

Guzm. (D. A.)

Uzelay.

Ramirez.

Paris.

Lledó.

Ferns. (D. J.)

Marinero.

Soldado.

5.º Escenas y Pax-de-doux del baile

la Sifida por Mme. y Mr. Finart y el cuerpo de baile, con lo que terminará el espectáculo.

Sanchez.

Ornero.

IMPRESA DE BOIX.